

## La idea de lo “orgánico” en la Escritura (10)

*Prof. Hanko*

He recibido una carta que se relaciona directamente con nuestra discusión sobre el trato de Dios con los hombres de forma orgánica. (1) En primer lugar, pregunta sobre el significado de Romanos 11:20: “Bien; por su incredulidad fueron desgajados, pero tú por la fe estás en pie. No te ensoberbezcas, antes teme.”

La interpretación del Rev. Herman Hoeksema de esto (y de toda la sección de Romanos 9-11, que discute el llamado “problema de Israel”) se encuentra en su comentario sobre Romanos <https://cprc.co.uk/product/righteous-by-faith-alone/>, que puede adquirirse en la Librería de la CPRC (£20, inc. P&P). Vale la pena cada centavo que uno gasta en comprarlo.

El texto, según se afirma, enseña la apostasía de los santos. Por lo tanto, no es sólo la elección del hombre la que determina si se convierte, sino también si permanece salvo o no. Una vez regenerado de verdad, puede cambiar de opinión y apostatar.

El texto se encuentra en el contexto de una metáfora, que describe a Israel como un olivo natural (Ro. 11:16-21). Es evidente que aquí se considera orgánicamente a toda la nación de Israel. Sigue el modelo del Salmo 80, por ejemplo.

El olivo fue cortado cuando la nación de Israel rechazó a Cristo, aunque quedó un tocón y parte del árbol. Pero aquí tenemos un aspecto interesante de la metáfora. Permítanme referirme a mi propia experiencia. Cerca del lugar donde vivíamos había un huerto en el que crecían muchas manzanas. Pregunté al agricultor sobre la ciencia del injerto, porque forma parte de la figura de Romanos 11:16-21 y se utiliza para describir la fe en el *Catecismo de Heidelberg*, Día del Señor 7: “¿Son salvados por Cristo todos los hombres que perecieron en Adán? No todos, sino sólo aquellos que por la verdadera fe son injertados en Él y aceptan sus beneficios.” Su respuesta me sorprendió, pues ahora el injerto se utiliza para plantar árboles nuevos. Se hace así. Una rama, digamos, de una manzana Macintosh se injerta en una rama de un árbol que produce manzanas Red Delicious. Poco a poco, la rama injertada produce ramas propias y el agricultor va cortando ramas del árbol viejo. Al cabo de un tiempo, el árbol viejo casi ha desaparecido, pero la rama injertada, utilizando la misma raíz, se convierte en un árbol por derecho propio.

Esto encaja perfectamente con la figura. La nación de Israel era el olivo mencionado en Romanos 11. A lo largo del Antiguo Testamento, ramas de árboles silvestres fueron injertadas en el olivo de Israel. Pero nunca se convirtieron en parte de un nuevo árbol porque se convirtieron en parte del olivo natural, la nación de Israel. Los gentiles se convirtieron en judíos. Miles de ellos fueron así salvados. Cuando el viejo olivo fue destruido al caer Jerusalén en el año 70 d.C., se plantó una nueva rama de gentiles, después de haber crecido en el viejo árbol durante 2.000 años. Pero fue injertada en la raíz del viejo árbol. Sabemos por otras partes de las Escrituras que esa raíz era Cristo (Isaías 11:10; 53:2; Romanos 15:12; Apocalipsis 5:5; 22:16).

A lo largo de la antigua dispensación, Israel llevó a Cristo en sus lomos, como Dios le dijo a Adán después de la caída en la Promesa Madre, Génesis 3:15. La razón por la que Jehová conservó a la nación de Israel, y luego a Judá, incluso durante su cautiverio, fue que estaba preservando al Mesías en la línea de Adán a María a Cristo.

En la nueva dispensación, los gentiles se convierten en el nuevo olivo y son recogidos de todas las naciones de la tierra. Así, el olivo judío-gentil es el “mundo.” Dios ama a ese mundo. Cristo murió por ese mundo. Es el mundo de la elección soberana. Es el mundo que está unido a Cristo por la fe. Es el mundo que es el cuerpo de Cristo y recibirá su vida de Él por toda la eternidad.

Romanos 11 hace otro punto interesante. A través de la historia de la reunión de las naciones que son injertadas en Cristo, algunas ramas son quebradas. Esto sucedió también en la antigua dispensación. Jesús se refiere a ello en Juan 15:2, 6. Dios salva en la línea de las generaciones-orgánicamente. Pero Él no salva a todos los hijos físicos de los creyentes en cada rama. Los hijos dejan la iglesia, las familias dejan la iglesia. Son desgajados del olivo, porque se apartan de los caminos de Dios. Las iglesias se separan. Las naciones se separan. Esta es la apostasía que caracteriza nuestros tiempos.

Romanos 11 enseña que una vez que una rama es cortada, nunca puede ser injertada de nuevo. Se ha ido para siempre. América y Europa han tenido el evangelio y nuevas ramas fueron injertadas en el nuevo olivo que una vez fue el viejo olivo con Cristo en su raíz. Pero ahora Dios está dando la espalda a los Estados Unidos y a las naciones europeas, porque han abandonado Sus caminos. Pronto llegará el momento en que Dios les dé la espalda completamente, porque estos países están experimentando cada vez más lo que Amós llama una hambruna de la palabra (8:11). Dios se está volviendo hacia el Oriente y está reuniendo a Su iglesia entre las naciones del sudeste asiático y las Filipinas. Dios, al edificar el templo de Sus elegidos, no regresa para reconstruirlo cuando se va a las ruinas. Cuando una rama es quebrada (podada) y yace en el suelo, esa rama no es un individuo sino generaciones. No son, más tarde en la existencia de la rama, reinjertados en el árbol del cual habían sido cortados.

Hay una excepción y es la solución teológica de Romanos 11 al problema judío en la historia de la redención. Sigue siendo un privilegio especial de los judíos que, aunque hayan sido cortados del olivo, los individuos y sus generaciones puedan ser injertados de nuevo en ese olivo. Esto es posible porque están siendo injertados en lo que una vez fue su árbol “natural.” Ellos, como nación, fueron cortados pero la raíz permanece. La raíz es el árbol natural, es decir, Cristo es esa raíz. Pueden ser y son injertados porque, a lo largo de los dos últimos milenios, los judíos han sido introducidos en su propio olivo. Ellos, con las ramas gentiles, pasan a formar parte de ese mundo universal de elección soberana y, al estar injertados en un árbol con nuevas ramas de todas las naciones, pierden su identidad nacional. Un antiguo judío, unido a Cristo con los gentiles, ya no es judío. También él se salva con sus generaciones. Conozco a muchos en nuestras iglesias que eran judíos en su ascendencia. En nuestra dispensación, hay creyentes húngaros, chinos, alemanes, irlandeses, etcétera. Es el mundo, el verdadero mundo, el que Dios ama y salva.

(2) El lector se plantea otra pregunta: ¿No niega esta explicación que he dado que el hombre tenga alguna responsabilidad por haber sido “desgajado” del olivo? La pregunta sugiere que mi explicación niega la responsabilidad del hombre y que, por tanto, mi explicación no puede ser la correcta. Además, también se da a entender que, para mantener la responsabilidad del hombre, éste debe tener libre albedrío para aceptar a Cristo o rechazarlo.

No pretendo entrar en detalle en esta cuestión. La cuestión de la relación entre la soberanía de Dios y la responsabilidad del hombre se remonta a Agustín (354-430). Estuvo en el centro de las controversias de la Iglesia occidental durante la Edad Media y en la época de la Reforma. Así lo demuestra la batalla de Martín Lutero con el humanista Erasmo sobre la voluntad del hombre. También fue la cuestión fundamental en el Sínodo de Dordt (1618-1619), cuando los arminianos fueron totalmente derrotados por los *Cánones* del

Sínodo. Sigue siendo la cuestión entre los arminianos y los reformados hasta el día de hoy. El interrogador (hablando por otra persona) demuestra con su pregunta implícita que mantener la herejía del libre albedrío es negar la gran verdad de la soberanía de Dios. Si decide hacerlo, es asunto suyo, pero debe admitir que está creando un ídolo, en lugar del Señor soberano del cielo y de la tierra. Antes de tomar una posición sobre una cuestión que involucra el ser mismo y el consejo de Dios, un hombre debe hacer su tarea y leer la historia de estas controversias que molestaron a la iglesia.

La verdad del asunto es que las Escrituras enseñan que Dios es soberano en todo lo que hace y que el hombre es responsable de su propio pecado (Hechos 2:23; 4:25-28). Si eso desafía una explicación racional o no, no es ahora de mi incumbencia. Lo que enseñan las Escrituras es la verdad ante la que todos debemos inclinarnos.

Comprender cómo Dios obra orgánicamente en todo Su control absoluto de las vidas de hombres y ángeles nos ayuda a mantener Su soberanía, que es la única que hace posible nuestra salvación. Como dijo un viejo granjero inculto a Hendrik De Cock en la controversia de 1834 en los Países Bajos, y antes de que el propio De Cock se convirtiera a la fe en un Dios soberano: “Reverendo, si tuviera que contribuir siquiera con un suspiro a mi salvación, estaría irremediablemente perdido.”

Dios debe recibir y recibirá toda la gloria; no queda nada para el hombre. El arminiano grita: “Hombre, hombre, hombre, hombre.” Los reformados proclaman: “¡Dios es Dios!” Inclinémonos también nosotros en adoración ante el trono de Aquel que hace todas las cosas por amor de su propio Nombre y por la salvación de su amada iglesia. *Prof. Hanko*